

Lev Tolstói
CUENTOS
POPULARES



En *Cuentos populares*, como su nombre lo indica, el pueblo es el destinatario elegido por Tolstói con fines pedagógicos. En estos diecisiete relatos breves se condensa la filosofía del autor y sus fuertes convicciones. Se añaden varios relatos correspondientes a la narrativa breve del autor.

Introducción

Vida y obra

En 1828, en una propiedad agrícola ubicada al sur de Moscú, nació este novelista y pensador, una de las figuras literarias más célebres de todos los tiempos. Quedó huérfano a los nueve años y fue educado por tutores europeos. El lugar en el que transcurrió su infancia, Yásnaia Poliana, generó en Tolstoi un profundo amor por la naturaleza y le brindó la oportunidad de conocer el dolor y la miseria de los campesinos que trabajaban para él y su familia, cuestiones que estarán muy presentes en su obra.

En la Universidad de Kazán comenzó a estudiar Letras, pero luego cambió esta carrera por la de Derecho. Al egresar, en 1847, retornó a su lugar natal y compartió mucho tiempo con los campesinos, lo que despertó su conciencia y le inspiró el deseo de dedicarse a mejorar las condiciones de vida y de trabajo de los pobres.

Poco tiempo después ingresó al ejército como oficial de artillería. Durante su desempeño, escribió la trilogía autobiográfica *Infancia* (1852), *Adolescencia* (1854) y *Juventud* (1856). En 1853, a pedido suyo, fue destinado al frente en la guerra de Crimea, oportunidad en la que dio muestras de una gran valentía. Sin embargo, al observar la gran diferencia entre la conducta inepta de los superiores y la de los intrépidos soldados, se sintió cansado y desengañado y pidió el retiro.

Realizó viajes por Suiza, Francia y Alemania, entre otros países de Europa, lugares de donde importó las ideas pedagógicas renovadoras que serían el eje de las dos instituciones que fundó: una escuela para pobres y un periódico sobre temas didácticos al que puso por nombre Yásnaia Poliana. La enseñanza en su institución era gratuita, se basaba en el *Antiguo Testamento* y las clases se dictaban en una casa cercana a la de Tolstoi. Pronto fue considerada un ejemplo peligroso por el gobierno, que mandó cerrarla. Seguramente intervinieron en esta decisión, además, las discrepancias del autor con la Iglesia Ortodoxa.

En 1862 se casó con Sofía Behrs y se estableció con ella en su lugar natal. Entonces, comenzó un período de estabilidad que le permitió escribir sus obras mejores. En 1863 publicó *Los cosacos*. Entre 1864 y 1869 creó la monumental novela *Guerra y Paz*, el relato epopéyico de la invasión napoleónica a Rusia en 1812. La obra le dio fama de inmediato en su país y en Europa, ya que fue traducida a varios idiomas, y ejerció una alta influencia en la narrativa posterior. Luego escribió *Ana Karenina* (1875-1876), donde se relata una febril pasión adúltera; *La muerte de Iván Ilich* (1886), *La sonata a Kreutzer* (1889), una condenación del matrimonio. Tolstoi llevó el género realista a su máxima expresión, junto a autores como Dickens, Flaubert, Melville o Galdós.

Además, entre una novela y otra, el autor escribió ensayos como *En qué consiste mi fe*; relatos breves y los *Cuentos populares o Cuentos para el pueblo* (1881-1886), altamente moralizantes, escritos con la intención de educar a la gente común. Posteriormente, en *Resurrección* (1899) realizó una crítica a las instituciones rusas, incluida la familia, y fue excomulgado por ello.

«La felicidad no depende de acontecimientos externos, sino de cómo los consideremos», escribió casi al final de sus días. Vivió sus últimos años en la compañía casi exclusiva de los campesinos, llevando una dieta vegetariana, dur-

miendo en un simple catre, trabajando de zapatero y donando sus magras ganancias. Coherente con esto, decidió morir en un lugar apartado y humilde, al cual partió sin su familia. Sin embargo, cuatro días después, muy enfermo, debió descender del tren en el que viajaba y murió en la estación de Astapovo. Los testigos aseguraron que sus últimas palabras fueron «amo a muchos».

Cuentos populares

Una de las formas más antiguas de la literatura tradicional es el cuento, cuyo origen es muy discutido, aunque puede asegurarse que deriva de las narraciones y relatos de Oriente. Se considera cuentos a múltiples manifestaciones literarias de la antigüedad y, además, a escritos más cercanos a la modernidad como algunos de los relatos del *Libro del buen amor* y los *Exiemplos del Conde Lucanor*. No obstante, la idea de cuento moderno comienza a gestarse en el siglo XIV, con el Decamerón de Boccaccio.

Atendiendo a sus características específicas, se lo puede describir como una narración breve escrita en prosa cuya trama es sintética y concentrada en tensión, por lo que no permite digresiones ni detenimientos descriptivos que alteren su funcionalidad ni su idea de unidad (una situación inicial, un conflicto y su resolución).

Los cuentos pueden clasificarse según su tema, su mayor o menor mimesis de la realidad, época, corriente literaria, condiciones de producción y circulación, etc.

En *Cuentos populares*, como su nombre lo indica, el pueblo es el destinatario elegido por Tolstói con fines pedagógicos. En estos diecisiete relatos breves se condensa la filosofía del autor y sus fuertes convicciones:

- Su creencia en la verdad del Evangelio: «Mijail, el aprendiz de zapatero», «Donde está el amor, allí está Dios».

- La necesidad de cultivar la mansedumbre y la piedad: «Dios y el diablo», «El pecador arrepentido», «El ahijado», «El cirio».
- El trabajo como fuente del bien y de la felicidad: «La historia de Iván el imbécil», «La semilla milagrosa».
- El trabajo y el amor al prójimo como el mejor servicio a Dios: «Los dos hermanos y el oro», «Los dos ancianos».
- La ambición como generadora del mal: «Ilias», «¿Cuánta tierra necesita el hombre?», «El primer destilador».

El afán de moralizar se materializa en un lenguaje sencillo mediante el cual el autor recrea escenas de la vida rural y personajes que superan el arquetipo en el que se inspiran (el zapatero, el anciano, el amo, la esposa buena, el labrador). Toma, además, ciertos elementos propios de los cuentos folclóricos o tradicionales, como por ejemplo el tiempo y el espacio indefinidos, la reiteración de frases y acciones, el uso de objetos mágicos, la aparición del número tres. En este sentido, se puede observar también que en algunas de las narraciones se dan ciertas funciones de los cuentos maravillosos observadas por Vladimir Propp en *Morfología del cuento* (1928). Algunos ejemplos de estas funciones son el alejamiento (“El ahijado”), el engaño («¿Cuánta tierra necesita el hombre?»), la fechoría («Iván el imbécil»), la prueba («El ahijado») y el regalo («Emelián el obrero»), aunque también aparecen el regreso, la tarea difícil, el cumplimiento, el castigo y la boda.

Se incluyen también una serie de cuentos dedicados al público infantil.

Historia de un caballo

I

Se disipaban las nieblas de la noche.

Los primeros rayos de luz de la mañana matizaban de brillantes colores las gotas de rocío. El disco de la luna palidecía, desapareciendo en el horizonte. La naturaleza entera se despertaba; la selva volvía a poblarse. En el patio inmenso de la casa señorial, volvía todo a la vida.

Oíanse por todas partes las voces de los aldeanos, los relinchos de los caballos y un zafarrancho continuo en las literas de paja en que los yegüeros habían pasado la noche.

—Bueno, ¿quieres terminar ya? —gritó el viejo guardián de la yeguada al abrir la puerta cochera.

—¡Vamos! ¿A dónde vas tú —dijo, jugando con la fusta, a una yegua joven que quiso aprovecharse de la apertura para escaparse.

Néstor, el viejo guardián de la yegua, vestía un casaquín ceñido al cuerpo por una correa adornada con placas de acero y llevaba el tal o a la espalda, un pedazo de pan en un pañuelo colgado del cinturón, una silla de montar y una brida en las manos.

Los caballos no mostraron ofensa ni resentimiento, ni dieron señales de susto por el tono burlón de su guardián; aparentaron no prestarle atención y se alejaron de la puerta a paso lento.

Sólo una yegua vieja, de pelo bayo oscuro y de largas crines, enderezó las orejas y se estremeció con todo su cuerpo.

Otra yegua joven, aprovechando la ocasión, fingió asustarse y dio un par de coces a un caballo viejo que permane-

cía inmóvil detrás de ella.

—¡Vamos! —gritó el viejo con voz terrible, dirigiéndose hacia el fondo del corral.

Entre tanta bestia, sólo un caballo, un caballo pío que permanecía aislado debajo del cobertizo, continuaba sin dar muestra alguna de impaciencia.

Con los ojos medio cerrados, lamía el pilar de encima del cobertizo, con aire pensativo y serio.

—Basta de lametones —gritó el guardián acercándose a él y colocando la montura y el sudadero sobre un montón de estiércol.

Detúvose el caballo pío y, sin moverse, miró con fijeza al viejo Néstor. No sonrió, ni se incomodó, ni se enfurruñó, pero adelantó un paso, suspiró con tristeza y trató de irse.

El guardián lo cogió con ambas manos por el cuello, con objeto de ponerle la brida.

—¿Qué tienes, que suspiras, viejo mío? —le dijo.

El caballo, por toda respuesta, meneó la cola como queriendo decir:

—No tengo nada, Néstor.

Éste le puso el sudadero y la silla sobre el lomo; el caballo agachó las orejas como para expresar su descontento y fue tratado de bribón. Cuando el viejo quiso apretarle la cincha, hizo el caballo una gran aspiración, pero Néstor le sujetó la lengua con los dedos, le pegó un puntapié en el vientre y el caballo expelió el aire absorbido.

Aunque estuviese bien persuadido de que toda resistencia era inútil, el caballo había creído un deber manifestar su descontento.

Una vez ensillado, se puso a morder el freno, aunque debía de saber, por larga experiencia, que nada adelantaba con ello.

Montó en él Néstor. Empuñó el látigo, se arregló el casaquín, se sentó de lado en la silla a manera de los cazadores y de los cocheros, y tiró de las riendas.

El caballo levantó la cabeza, queriendo demostrar con ello que estaba pronto a obedecer, y esperó. Sabía de antemano que, antes de partir, tenía que dar el jinete muchas órdenes al joven guardián Vaska.

Y, efectivamente, Néstor gritó:

—¡Vaska! ¿Has soltado la yeguada? ¿A dónde vas? ¡Duermes! Abre la puerta y deja salir primero las yeguas...

Rechinó la puerta.

Vaska, medio dormido y furioso, tenía en una mano las riendas de su caballo y dejaba que las yeguas fueran saliendo.

Éstas desfilaron una tras otra resoplando sobre la paja, primero las jóvenes, después las paridas con sus potrancas, y en último término las llenas; éstas pasaban despacio por la puerta, balanceando su abultado vientre.

Las yeguas se reunían por parejas y a veces en mayor número; colocaban sus morros sobre las ancas de sus compañeras y, al llegar a la puerta, se atascaban; pero los golpes de látigo las hacían separarse bajando la cabeza.

Los potrillos se extraviaban, perdían de vista a sus madres, se ponían delante de otras yeguas, y respondían con relinchos a los que sus madres les daban llamándoles.

Una yegua joven y traviesa agachaba la cabeza, disparaba una coz y soltaba un sonoro relincho en cuanto se veía libre. No se atrevía, sin embargo, a ponerse delante de la vieja yegua Juldiba, que rompía siempre la marcha o iba al frente de la yeguada con paso grave y pavoneándose.

El corral, tan animado momentos antes, quedaba triste y solitario: no se veían en él más que los pilares y los montones de paja.

Aquel cuadro de desolación parecía entristecer al viejo caballo pío, a pesar de que estaba acostumbrado a verlo desde hacia largo tiempo. Levantó la cabeza; la bajó luego como si quisiera saludar; suspiró con tanta fuerza como le permitió la cincha, y después siguió, detrás de la yeguada,

cojeando de las cuatro patas, viejas y estacadas, con Néstor encima.

«Sé lo que vas a hacer ahora —pensó el viejo caballo—; tan pronto como lleguemos al camino real, sacaré la pipa del bolsillo, encenderá la yesca con el eslabón y la piedra, y se pondrá a fumar. Eso no me disgusta; el olor del tabaco es muy agradable en las primeras horas de la mañana, y, además, me recuerda mis buenos tiempos. Lástima que al fumar le dé al viejo por ponerse fanfarrón y que se cargue siempre sobre un lado, sobre el mismo lado, precisamente sobre el que me duele... Pero no importa; estoy acostumbrado a sufrir para que otros gocen, y hasta empiezo a sentir una satisfacción de caballo al sufrir por los demás. Dejemos a ese pobre viejo Néstor que haga el fanfarrón conmigo. Después de todo, no puede permitirse fanfarronadas sino cuando nos encontramos a solas él y yo».

Así reflexionaba el viejo cuadrúpedo, marchando a paso lento por el camino.

II

Llegados a la orilla del río, en donde debía pacer la yeguada, Néstor bajó del caballo y le quitó la montura.

El ganado se fue dispersando poco a poco por el prado cubierto de rocío y de niebla que se elevaba con lentitud a medida que el sol brillaba con una mayor intensidad.

Después de quitarle la brida, Néstor rascó al viejo pío en el cuello, y el caballo cerró los ojos en señal de gratitud.

—Así me gusta, perro viejo —dijo Néstor.

Pero al caballo no le producía satisfacción alguna aquel halago, y únicamente por cortesía se mostraba encantado y bajó de nuevo la cabeza en señal de asentimiento.

Pero de pronto, y sin motivo, a no ser que Néstor creyese que el caballo tomaba como muestra de familiaridad aquella caricia, el guardián rechazó violentamente la cabeza del cuadrúpedo y le dio un latigazo con las riendas, tras lo cual fue a sentarse al pie del tronco de un árbol, donde acostumbraba a pasar el día.

Aquella brutalidad entristeció al caballo, pero no lo demostró, y se dirigió hacia el río mordisqueando la hierba y meneando la cola.

Sabía, por experiencia, que nada es tan bueno para la salud como beber agua fresca en ayunas, así que se fue hacia el sitio en que la margen del río tenía menor pendiente, sumergió los belfos en el agua y empezó a beber con avidez.

A medida que su cuerpo se henchía, experimentaba un dulce bienestar y agitaba con más satisfacción la desgarnecida cola.

Una pequeña yegua alazana, que se divertía agotando la paciencia del pobre viejo, se acercó a él, aparentando no verlo, con el único objeto de enturbiarle el agua que tan a gusto estaba bebiendo.

Pero el pío había terminado ya de beber; fingió no advertir la mala pasada que la pequeña yegua quiso jugarle. Levantó, uno después de otro, los cuatro cascos metidos en el agua; sacudió los belfos, y se alejó para pacer tranquilamente a respetable distancia de la juventud.

Y pació seriamente durante tres horas, procurando estropear lo menos posible la hierba con sus cascos. Al cabo de las tres horas, apoyóse por igual sobre las cuatro patas y se durmió pacíficamente.

Hay vejez de muchas clases: la vejez majestuosa, la vejez horrible, la vejez que nos inspira compasión; y hay otra que participa de la primera y de la última: la vejez majestuosa que nos inspira lástima.

A ésta pertenecía la de nuestro viejo caballo pío.

Era de mucha alzada; su pelo había sido negro en sus tiempos, pero las manchas negras se habían quedado ya de un color oscuro sucio.

Tenía tres grandes manchas: una en el lado derecho de la cabeza, que partía de la proximidad del belfo superior e iba a terminar en la mitad del cuello; la crin era entreverada, la mitad blanca y la otra mitad oscura; la segunda mancha se extendía por el costado derecho y descendía hasta la mitad del vientre; la tercera llenaba la grupa, la mitad de la cola y las dos patas traseras.

La cola era blanca.

La cabeza grande, huesuda, con dos huecos profundos sobre los ojos; el belfo inferior, negro y descolgado, hacia ya mucho tiempo, parecía hallarse suspendido de su cuello flaco y encorvado.

Por la desgajadura del belfo inferior se veía el extremo de la lengua, desviada hacia un lado y negruzca, y amarillos restos de sus dientes inferiores.

Las orejas, una de ellas hendida, pendían a ambos lados del cuello, y no las enderezaba sino muy rara vez para espantar las moscas importunas.

De su antigua cabellera ya no le quedaba más que un mechón de pelo que colgaba por detrás de su oreja izquierda.

La frente, descubierta, estaba llena de arrugas y la piel formaba hondos pliegues a lo largo de la cara, a uno y otro lado.

Las venas tomaban gruesos nudos a lo largo de la cabeza y del cuello, y aquellos nudos se estremecían cada vez que una mosca se posaba en ellos.

Ofrecía una expresión de dolor y de paciencia infinitos.

Sus dos brazos estaban encorvados y los tenía llenos de ampollas; lo mismo sucedía con los menudillos; en el izquierdo se le veía un gran sobrehueso por debajo de la articulación; las patas las tenía menos dañadas, pero, a fuerzas de rozarse con los cascos, habían perdido el pelo en la cara interna de su tercio inferior.

Con relación al cuerpo, sus patas parecían demasiado largas.

Los ijares, aunque llenos, estaban descarnados y cubiertos únicamente por la piel.

La cruz y la espaldas presentaban huellas de mataduras y golpes, y en el lomo, cerca de la grupa, se veía una bastante reciente.

Sobre el comienzo de la cola se destacaban las últimas vértebras; en la parte inferior de aquél había desaparecido hasta el último rastro de pelo.

En la misma grupa se extendía una úlcera antigua, recubierta de pelos blancos y gruesos, y a lo largo del omóplato derecho se percibía una cicatriz.

Los corvejones y el comienzo de la cola los tenía siempre sucios, por efecto de un continuo desate de vientre.

A pesar de su aspecto repugnante, cualquier persona inteligente hubiera reconocido en aquel penco un caballo

de raza, y hubiera añadido que solo existe una raza de caballos en Rusia que tenga tan desarrollados los huesos, tan fuertes los cascos, tan curvado el cuello y una piel y un pelo tan finos.

Había algo de grandioso en el aspecto de aquel animal, en aquel conjunto formado por una fealdad repugnante y por la expresión de arrogancia y de seguridad que lo caracterizaba. Era como una ruina viviente en medio de la verde pradera, rodeado del ganado joven que se había esparcido por todas partes llenando el aire con sus relinchos.